

MEDITACIÓN II - Santidad en el mundo

Toda la Sagrada Escritura es un llamado a la santidad, a la plenitud de la caridad, pero Jesús lo deja muy claro en el Evangelio: por lo tanto, debes ser perfecto, como tu Padre celestial es perfecto. Y Cristo no está dirigiendo sus palabras a los Apóstoles o solo a algunos de sus seguidores, sino a todos. San Mateo señala al final de estos discursos que las multitudes se asombraron de su enseñanza.

Jesús no exige la santidad de un grupo exclusivo de discípulos que lo acompañan, sino de todos los que se acercan a él: las multitudes, entre las que se encontraban madres de familias, trabajadores y hábiles artesanos que se detenían para escucharlo después del trabajo, niños y recaudadores de impuestos, mendigos y lisiados ... El Señor llama a las personas a seguirlo sin distinción de estado, raza o condición. Esto no es solo un consejo del maestro, sino un comando imperativo. Todos los cristianos, en cualquier estado o condición de la vida, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor. En la doctrina de Cristo no hay invitación a la mediocridad, sino un claro llamado al heroísmo, al amor y al sacrificio alegre.

La santidad requiere una lucha contra la conformidad, contra la tibieza, contra una actitud tolerante y mundana. Exige heroísmo, no en situaciones extraordinarias con las que es poco probable que nos encontremos, sino en una fidelidad continua a nuestra tarea en los deberes de cada día. Nuestro Señor no está contento con una vida tibia y una dedicación a medias.

Todos los tiempos son buenos para entrar en las profundidades de la santidad; Todas las circunstancias son oportunas para amar más a Dios, porque nuestra vida interior se alimenta, como lo hacen las plantas, de las circunstancias en las que estamos inmersos. Las plantas no eligen el suelo en el que se nutren. Del mismo modo, es nuestro Padre, Dios, quien ha elegido el terreno en el que hemos sido plantados y quien nos da la gracia necesaria para dar fruto precisamente allí.

Dios llama a las personas a la santidad en todas las circunstancias: en la guerra y en la paz, en la enfermedad y en la salud, cuando creemos que hemos triunfado y cuando enfrentamos una derrota inesperada, cuando tenemos mucho tiempo y cuando el tiempo es escaso, de modo que parece que apenas logramos hacer lo que debemos hacer. Nuestro Señor quiere que seamos santos en todo momento. Aquellos que no confían en la gracia y habitualmente ven las cosas con una perspectiva completamente humana, dicen constantemente: esto, ahora, no es el momento adecuado para la santidad ..., más tarde ... tal vez ...

No pensemos que en otro lugar, en otra situación, estaríamos listos para seguir a Nuestro Señor más de cerca. Dejemos a un lado esa ilusión mística. Los frutos de la santidad que Nuestro Señor espera son los producidos en y desde el entorno en el que nos encontramos, aquí y ahora. Deja atrás falsos idealismos y fantasías, y lo que generalmente llamo "ilusiones místicas": si solo no me hubiera casado ... Si tan solo no tuviera esta profesión ... Si solo fuera más saludable ... Si solo fuera joven ... Si solo fuéramos viejos ...! Nuestra vida actual ES el entorno en el que nuestro amor a Dios debe crecer y desarrollarse, utilizando precisamente esas oportunidades que encontramos a la mano. No permitamos que esas oportunidades diarias se escapen, porque es en ellas que Jesús nos está esperando.

Adaptado de: Fernández, Francisco. En conversación con Dios - Volumen 3: Tiempo ordinario, semanas 1-12. Sceptre (UK) Ltd. Edición Kindle. 92.1 y 92.2